

do penitencia de ello, procure ofrecérmeo con humilde espíritu y contrito corazón”.¹

9.- Dice uno de los Padres: “Si eres injustamente reprendido, humíllate y ten paciencia; pero si te reprenden justamente, mucha más razón hay para que seas humilde y sufrido, y teniendo la voluntad presta para enmendarte, persevera sosegado y quieto”. ¿Por qué, pregunto, te turbas, cuando éste o aquel pone contra ti muchas cosas, que ni aun por pensamiento te pasaron, y porque habla mal de ti? Acuérdate de Jesucristo, tu Señor, que sin causa ninguna, con gran paciencia y benignidad sufrió tantas injurias. mira que no esté colgada la paz de tu alma de lenguas y juicios de los hombres. Es cosa cierta que Dios cuando quiere limpiar y adornar a algun amigo suyo, permite muchas veces que aun aquellos que son tenidos por virtuosos, de cuya fidelidad ese hombre estaba más fiado, le sean contrarios en las mismas obras buenas que hace. Acude siempre a tu Señor y Dios, y escóndete en él, y recibe todas las cosas de su mano paternal, en cualquiera desastre o molestia que se te ofrezca. ¡Oh, cuán alegre vivirás, si tuvieses asentado y fundado tu corazón en Dios!

10.- Como la Virgen Gertrudis, movida de compasión, orase por una persona, a la cual había oído que se quejaba con impaciencia de que Dios le enviaba trabajos no convenientes a su salvación, le respondió el Señor: “Dile a esa persona por quién me ruegas, que, pues no se puede alcanzar el cielo sin alguna tribulación si-quiera, o alguna molestia, que escoja ella cuáles le parece que le serán más provechosas, y cuando éstas le vinieren tenga pacien-cia”. En las cuales palabras del Señor entendió Gertrudis, que era peligrosísimo linaje de impaciencia, cuando con soberbia y presunción quiere el hombre escoger las tribulaciones que ha de padecer, diciendo que no convienen a su salvación, ni puede llevar los trabajos que Dios le envía. Porque importa mucho que cada uno confie siempre, que le es muy conveniente y muy útil la carga que Dios pone en sus hombros, o permite que le venga; y cuando le

¹ Lib. 4. Sprr. gr. c. 13 et. 36.

parece que para eso no tiene tanta paciencia, de ahí debe humillarse.

11.- Cierta virgen de vida inocentísima, preguntada por una persona de qué modo había conseguido una perfección tan grande, respondió: 1º "Recibiendo tranquilamente todas las adversidades de la mano de Dios. 2º A todo aquel que me injuriaba y molestaba, se lo he pagado con un beneficio especial, lo cual no hubiera hecho, si él no me hubiera perjudicado. 3º A nadie me quejé en mis penas, sino a Dios; y por lo mismo recibí de él consolación y fuerza".

12. Otra virgen, también de muy santa vida, preguntada qué ejercicios había practicado para llegar a tan alta Santidad, contestó: "Nunca jamás me hallé tan cargada de sufrimientos y penas, que no deseara sufrirlas todavía mayores por amor de Dios, juzgándome indigna de tales favores del Señor".

13.- Probada por Dios con una pena indecible otra santa, parecíale que sufría los tormentos del infierno. Y habiendo sido largo tiempo afligida de este modo, volviéndose por fin a Dios de todo corazón, exclamó: Dulcísimo Dios mío, ruégote te dignes considerar que yo soy tu criatura, y tú mi Señor y Criador: me someto a tus juicios rectísimos, y me entrego del todo a tu gratísimo beneplácito, estando dispuesta a sufrir este tormento infernal todo el tiempo que te agradare; haz de mí, Señor, lo que te plazca en el tiempo como en la eternidad. Hecha esta resignación, dignose el Señor unir a si a aquella santa virgen arrojándola en el amoroso abismo de su bienaventurada divinidad.

14.- Revelaba Dios cosas admirables, por medio de ilustraciones interiores, a un siervo, amigo suyo; pero éste oraba al Señor para que, si era su agrado, le quitase tal favor. Por lo mismo, el Señor, después de quitarle la gracia que le hacía, le dejó por espacio de cinco años sin consuelo, envuelto en grandes tentaciones, angustias y calamidades. y como el tal llorase fuertemente una vez, y dos ángeles quisieran consolarle, dijo que no pedía consuelo alguno, sino que le bastaba sobremanera, si se cumplía

en él la santísima voluntad de Dios, y podía encontrarse puro en la presencia del Señor, agradándole al propio tiempo ¹

15.- Dijo el Señor a Santa Catalina: “Querría que supieses que todas las penas con que los hombres son afligidos en este mundo consisten en la voluntad; porque si ella estuviese ordenada y conforme a la mía, en alguna manera carecería de pena. Porque, aunque el que es dotado de esta santa y ordenada voluntad sienta trabajo y dolor, pero todo lo que de su voluntad padece por amor de mí, casi lo padece sin pesadumbre. Porque considerando y sabiendo que es mi voluntad y permisión que sufra aquello, lo sufre de bonísima gana. Y como su voluntad está conforme y unida con la mía, así su alma está libre y quieta en cualquiera dolor corporal. La aflicción o pena procede totalmente y depende de la voluntad, porque o el hombre es afligido teniendo lo que no querría tener, o no teniendo lo que querría tener; luego quitando la propia voluntad, está el espíritu del hombre quieto y goza de paz”.²

CAPÍTULO XI

De la confianza en la divina Providencia, y de la perfecta resignación

1.- Estando una vez arrobada la misma virgen Santa Catalina, veía y conocía claramente que nuestro Dios, que es suma bondad, por su caridad inefable crió al hombre, y con el mismo fuego de caridad y amor le da todas las cosas, o permite que le vengan, conviene a saber, los consuelos y tribulaciones; y en lo uno y en lo otro acude a su salvación, y no a otro ningún respecto. Por tanto, son muy ciegos y faltos de razón los que reprenden las

¹ Los números 11, 12, 13 y 14 faltan en la traducción del Padre Alfaro; los ponemos vertidos según la edición latina ya mencionada.

² Tract. I. c. 45. et Tract. 2. c. 131.

obras o juicios de Dios, y escandalizándose y turbándose por las cosas que suceden, murmuran contra él. Empero aquellos son bienaventurados que, entendiendo y creyendo la santa providencia de Dios, reciben con humildad todas las cosas de su mano paternal como muy buenas, y le dan gracias por ellas, y siempre esperan y confían firmemente en Dios.¹

2.- Santa Gertrudis oyó al Señor, que cualquiera alma devota y fiel había de resignar totalmente su voluntad en Dios; dejándose enteramente en su divina voluntad, y confiando sin duda ninguna de su benignísima piedad que él quiera en todas las cosas obrar su salvación.² Y así, como le apareciese una vez Jesucristo, esposo amable, el cual traía en la mano derecha la salud, y en la izquierda la enfermedad, amonestándole que tomase lo que más gusto le diese, ella retirándose de ambas manos, le dijo: “Señor, yo deseo con todo mi corazón que no mires a mi voluntad, sino que en todas las cosas cumplas la tuya”. Cualquiera que en todo desea agradar a Dios, con una segura confianza se ha de resignar a si, y a todas sus cosas en la divina disposición, de suerte que aun desee no saber qué es lo que Dios quiere hacer de él, para que sepa que se ha cumplido más puramente en él la divina voluntad.³

3.- El Señor dijo a la misma virgen Gertrudis: “Cualquiera que desea que yo venga libremente a morar en él, me ha de resignar la llave de la propia voluntad. Y si por la flaqueza humana alguna vez me volviere a pedir la llave que me dió, haciendo su propia voluntad en algunas cosas, límpielo luego por la penitencia, y vuelva otra vez a resignarla, y la mano derecha de mi misericordia lo recibirá y guiará con honra inestimable al reino de la claridad eterna”.⁴

4.- San Agustín dice:⁵ “Puede querer el hombre alguna alguna cosa, queriendo Dios otra. Esto se permite a la flaqueza humana,

¹ Tract. 2. c. 138.

² Esta es una nobilísima indiferencia de la voluntad resignada a cuanto Dios disponga

³ Lib. 3. Insin. c. 33.

⁴ Lib. 4, Insin. c. 23. c. 39

⁵ In. Ps. 32.

y se concede a su miseria. Por dificultoso tengo, que no te suceda, que quieras alguna cosa propia; mas piensa luego cuán alto es Dios, y cuán bajo eres tú; él criador y tú criatura; él Señor, y tú siervo; y corrigéndote y sujetando tu voluntad a la suya, dí con Cristo: No se haga, Padre, lo que yo quiero, sino lo que tú quieres. ¹ Porque así no tendrás el corazón torcido, sino justo y hecho a la medida del de Dios". Por lo cual Santa Gertrudis, inspirada del cielo, leyó un día trescientas sesenta y cinco veces² estas palabras del Evangelio: "Amantísimo Jesús, no se haga mi voluntad, sino la tuya".³ Y asimismo entendió que le había agradado muy mucho al Señor.

5.- De la misma santa virgen Gertrudis leemos que jamás le pudieron, oscurecer la constante y segura confianza que tenía en la benignísima misericordia de Dios, ningún peligro, ni tribulación, ni la pérdida de sus cosas, ni otros impedimentos, ni aun los pecados o defectos propios. Porque confiaba certísimamente que todas las cosas así prósperas como adversas, las convertía en su bien la divina providencia. y una vez dijo el Señor a esta santa virgen: "Aquella segura confianza que el hombre tiene en mí, creyendo que realmente puedo, sé, y quiero fielmente ayudarle en todas las cosas, me atraviesa el corazón, y hace tanta fuerza a mi piedad, que a semejante hombre en ninguna manera le puedo favorecer, por el contento que recibo en verlo colgado de mí, y por aumentarle el merecimiento, ni dejarle de favorecer por acudir a quien soy, y a lo mucho que le quiero."⁴

6.- Dijo el Señor a Santa Mechilde: "Mucho contento me da que los hombres confíen de mi bondad, y presuman de mí. Porque cualquiera que humildemente estuviere confiado de mí, y se fiare bien de mí, yo le favoreceré en esta vida, y en la otra le haré más bien que él merece. Cuanto uno puede fiar de mí, y presumir bien de mi bondad, tanto y más infinitamente alcanzará; porque es

¹ Math. 26.

² Según el número de días del año.

³ Luc.

⁴ Lib. 3, Insin. c. 7.

imposible que el hombre no alcance lo que santamente creyó y esperó que alcanzaría. Y por esta razón le es provechoso al hombre, que, esperando de mí cosas grandes, se fíe bien de mí”¹ Y a la misma Mechtilde que le preguntaba al Señor qué era lo que principalmente era razón que se creyese de su inefable bondad, le respondió: “Cree con fe cierta que yo te recibiré después de tu muerte como el padre que recibe a su muy querido hijo, y que jamás hubo padre que con tanta fidelidad repartiese su hacienda con su único hijo, como yo comunicaré contigo todos mis bienes, y a mí mismo. Cualquiera que firmemente y con caridad humilde creyere esto de mi bondad, será bienaventurado.

CAPÍTULO XII

De la muerte feliz

1.- Oraba una vez la misma virgen Mechtilde por cierta persona devota, diciendo: “Ruégote, amantísimo Dios, que en el fin de su vida le purifiques, y le des seguridad y confianza de llegar a ti”. Respondióle el Señor: “¿Qué discreto y prudente mercader echará voluntariamente a fondo las mercaderías y la hacienda con que ya ha llegado al puerto? Pues de la misma suerte, cuando yo hubiere llevado su alma (la cual guardé entre las varias tempestades de este siglo) al puerto y término de la vida, y conforme a mi voluntad dispusiere de ella, también la recibiré con gloria”.²

2.- Otra vez haciendo oración a Dios Santa Mechtilde por una mujer devota para que Dios tuviese por bien de socorrerla en la hora de la muerte, y de darle certidumbre de que estaría con él en su gloria, recibió del Señor esta respuesta. “El que es sabio no desecha ni desprecia el oro que adquirió con gran trabajo, y lo

¹ Lib. 3, Spir. gr. c. 4.

² Lib. 3, Spirit. grat. c. 44.

ama mucho; así yo jamás desampararé a esa persona por quien me ruegas, porque la he santificado con mi humanidad, y en el bautismo le di la vida con mi espíritu”.¹

3.- Hablando con el Señor, la misma virgen Machtilde dijo: “¿qué es, dulcísimo Dios, la razón porque no recibo alegría, o muy poca, cuando pienso que me he de morir; pues muchos esperan aquella hora con gozo y deseo?” Respondió el Señor: “Eso yo lo ordeno así, porque si tu desearas morir, así llevarías y moverías con tu deseo mi divino corazón, que no sería posible negártelo. “Pues ¿qué es también la causa, añadió ella, porque yo, aunque miserable, cuando me acuerdo que he de morir no me atemorizo, pues algunos, aun muy perfectos, algunas veces temen la muerte?” Respondióle el Señor: “¿Por qué habías tú de temer la muerte, teniendo mi corazón en prenda de la perpetua confederación que hay entre ambos, y habiéndolo recibido por casa de refugio y morada eterna?”²

4.- Por la firme confianza que tenía en la bondad de Dios la bienaventurada Gertrudis, deseaba muchas veces morir, y juntamente con eso, estaba unida con la divina voluntad, de suerte que así estaba aparejada para vivir más, como para morir, conforme a la voluntad de Dios. Pues caminando una vez, habiendo subido un monte, como bajase la cuesta de él, alegrándose en espíritu, dijo al Señor: “¡Oh buen Jesús, cuán gran merced se me haría, si cayendo yo de aquí abajo, me fuese ocasión para llegar más presto a ti!” Y preguntándole los circunstantes, si acaso no temía morir sin los sacramentos, respondió ella: “Deseo con todo mi corazón recibir los sacramentos antes que muera; empero confiadamente estimo en más la providencia y voluntad de mi Dios y Señor; y sea mi muerte como él quisiere, ora sea repentina, ora larga, su voluntad me será de grandísimo consuelo. Porque de cualquiera suerte que salga de esta vida, espero que no me ha de faltar la divina mise-

¹ Lib. 4. Spirit. grat. c. 14.

² Lib. I. Spirit. grat. c. 35.

ricordia, sin la cual no me puedo salvar”.¹ Y cerca de esto antes de su muerte, dijo la misma Gertrudis al Señor: “Señor mío, aunque el salir de la cárcel de este cuerpo para ser contigo unida sea para mí el mayor gusto y regalo de todos; mas si tú quieres que aquí quede, hasta el día del juicio escogeré vivir en suma miseria a gloria de tu nombre”.² Y mostró el Señor que esta resignación de voluntad le era muy agradable.

5.- Hablando de una enferma, dijo Cristo a Santa Brígida: “Hija, no temas que se muera ésta, cuyas obras me son agradables. Y como la dicha enferma se muriese, díjole otra vez el Hijo de Dios: “Ves ahí, muy querida mía, como es verdad lo que te dije; porque ésta no murió, antes vive, porque es grande su gloria. El apartarse el alma del cuerpo, no es en los justos más que un sueño, porque ellos están despiertos en la vida eterna. Empero cuando el alma apartada del cuerpo vive en la muerte y condenación eterna, esa es la que se tiene de llamar muerte”. Aquel muere mala muerte, aunque muera con gran reposo y quietud, que ama la prosperidad de este mundo, y no da gracias a Dios, y viviendo disolutamente, muere con voluntad de pecar. Mas el que ama a Dios de todo corazón, aunque sea por muchas vías afligido, y padezca larga enfermedad, y al cabo salga del cuerpo con una horrenda, terrible y afrentosa muerte; ese tal vive y muere dichosamente; porque la tribulación y la muerte áspera y terrible en los amigos de Dios disminuye y consume la pena que se debía a los pecados, y juntamente aumenta la corona. No es posible que muera mal quien vive bien.

6.- La muerte, dice San Ambrosio,³ es sin duda alguna para los justos un puerto de descanso. Al cual puerto miraba el Santo Simeón, cuando teniendo al niño Jesús en sus brazos, y deseando verse ya libre, y salir de la cárcel de este cuerpo decía: “Ahora Señor, dejarás salir a tu siervo en paz” (Luc. 2.) empero alguno,

¹ Según la costumbre y el precepto de la Iglesia los moribundos deben siempre que lo puedan recibir los sacramentos; pero si esto no puede hacerse, deben suplir en cuanto puedan la falta de los sacramentos resignándose del todo con la voluntad de Dios.

² Lib. I. Insin. c. 71.

³ Lib. de bono mortis cap. 9.

acaso viéndose en la hora de la muerte, dice que no es justo, y que no puede ni debe esperar él lo que los justos esperan. Cualquiera que dice esto, crea en Jesucristo que justifica al pecador, y sea humilde y de buena voluntad; porque así unido con Dios por fe y verdadero amor, con la gracia de Dios será justo. Y si el siervo de Dios, por ser flaco, siente que se entristece y tiembla por verse cercano a la muerte, esa tristeza y temor arrójela en Dios y resígnese en él, y conciba en él firme esperanza. Y para que con mayor facilidad temple este temor de la muerte, traiga a la memoria aquellas palabras que el Unigénito Hijo de Dios (que es verdad eterna) dice en el Evangelio: “Yo soy resurrección y vida; cualquiera que cree en mí, aunque haya muerto, vivirá; y cualquiera que vive y cree en mí, no morirá eternamente”. (Joan. 11). Rumie también estas palabras del Apóstol San Pablo: “Si vivimos, a gloria del Señor vivimos, y si morimos, a gloria del Señor morimos; pues viviendo y muriendo somos del Señor”. ¹ Considere cuán de buena gana morían aquellos santos antiguos, cuando aun no estaba abierta la puerta del cielo. Y así leemos en el fin del Deuteronomio que cuando estaba el pueblo de Israel cerca de la tierra de promisión, dijo el Señor a Moises que era el que guiaba a aquel pueblo: “Sube al monte Nebo, y mira la tierra que tengo de dar a los hijos de Israel. La verás, empero no entrarás en ella; y te juntarás al número de los muertos, tus antepasados, como hizo tu hermano Aarón en el monte Hor, y fué juntado a sus antepasados; porque no me obedecisteis en las aguas de Contradicción delante de los hijos de Israel”. ² Adonde luego la divina Escritura añade estas palabras: “Subió, pues, Moisés al monte Nebo, y allí murió conforme al mandamiento de Dios”. ³ Ves aquí con cuánta resignación recibió la muerte Moisés, amigo de Dios. No pasó a aquella tierra visible de promisión, pero fué recibido en otra tierra invisible, y mucho mejor que ella, conviene

¹ Rom. 14.

² Dent. 32.

³ Dent. 34.

a saber, en el secreto seno de la paz, que era el limbo,¹ adonde con gran reposo descansaban las almas de los justos. Realmente no habíamos de sufrir nosotros ahora la muerte contra nuestra voluntad, habiéndonos ya abierto Cristo la puerta de la celestial patria, pues los antiguos padres estuvieron tan aparejados para morir.

7.- Cualquiera que se hallare a la hora de la muerte, esté firme en la fe católica, y reciba con devoción los sacramentos de la Iglesia, si cómodamente pudiere. Y estribe más en los merecimientos de Jesucristo que en los suyos, y fié mucho en la intercesión y piedad de la Virgen María y de los demás santos. Tenga delante de los ojos la imagen de Jesucristo crucificado, y acuérdesse muchas veces de aquel inefable amor con que nuestro Dios quiso padecer y morir, y de esa manera humillese y arrójese en aquellas abiertas y sangrientas llagas, suplicándole que tenga por bien de lavar en ella todos sus pecados. Ofrézcase a sí mismo al Señor para sufrir con verdadero amor, por su muy agradable voluntad, toda la molestia de la enfermedad, y aun la misma muerte, y cuanto el Señor le quisiere enviar en el tiempo, o en la eternidad. Si así lo hiciere, si se resignare enteramente en la divina voluntad, confiando humilde, amorosa y cumplidamente en la inmensa misericordia y bondad de Dios, no es posible que tenga mala muerte. Su muerte será de mucha estima delante de Dios, aunque sólo él hubiese cometido todos los pecados del mundo. Cualquiera que esto hiciere se podrá alegrar con muy justa razón cuando estuviere presente la muerte, porque su alma hermosísima (que es un espíritu puro que usa de razón, y hecho a imagen de Dios) será libre de esta cárcel miserable y penosa para que de ahí adelante goce sin impedimento de su bienaventuranza. Ningún ejercicio puede tener el hombre en la hora de la muerte más útil que resignarse libremente en la voluntad de Dios, volviéndose a él por puro amor, y confiar firmemente en su benignidad.

¹ Cuando morían los santos del Antiguo Testamento, sus almas iban al limbo o seno de Abraham. En este lugar esperaron el advenimiento de Jesucristo para abrirles las puertas del cielo.

8.- Preguntado un amigo de Dios, qué querría hacer si se viese cercano a la muerte, y hubiese vivido mucho tiempo en graves pecados, respondió: “Si por espacio de cuarenta años hubiera vivido siempre en pecados, y a la hora de la muerte los confesase puramente, y con perfecto amor de Dios pudiese del centro de mi alma acudir al mismo Dios siquiera por espacio de una Ave María, de suerte que verdaderamente me hallase todo convertido a él, y apartado de todo pecado; sin duda que saldría entonces de esta vida como un hombre inocente, y que jamás hubiese pecado. Empero si no hubiese cometido sino un solo pecado y después de bien hecha mi confesión, saliese de esta vida contrito y doloroso, por cierto que moriría entonces como penitente”.¹

9.- El Señor tuvo por bien de revelar a ciertos amigos suyos que las palabras que pondremos abajo, dichas delante de los que están para morir que las oigan, o las digan ellos, o piensen entre sí, son de admirable virtud, de tal modo que ningún cristiano pueda perecer, si hallándose en el postrer momento de la vida, con verdadero e íntegro corazón las pronunciare humildemente, o pudiese repasarlas en su interior.² Son pues, las palabras siguientes: “Señor y Dios mío, yo soy aquel miserable que tú criaste por tu bondad paternal, y libraste del poder del enemigo por la afrentosísima muerte de tu Unigénito Hijo; tú solo tienes sobre mí imperio y dominio, y según tu inmensa misericordia, en la cual espero y confío me puedes salvar”.

10.- La Sacratísima Virgen María dijo a Santa Mechtilde: Yo a todos los que me sirven devota y santamente los quiero favorecer fidelísimamente en la hora de la muerte como madre piadosísima, y consolarlos y defenderlos. Y ni más ni menos los otros santos están sin duda ninguna aparejados para socorrer en la hora de la muerte a aquellos que con especial devoción los reverencian y piden favor.

¹ Aquí se establece la diferencia entre el amor perfecto que borra la culpa y quita la pena y el dolor que no va informado, como dicen los teólogos, de una caridad tan suficiente. Para que quede el alma libre de todo reato de culpa y de pena, es necesario una caridad de grande y rara perfección.

² Se supone que las pronuncia el moribundo con el corazón verdaderamente contrito.

CAPÍTULO XIII

De las penas del purgatorio

1.- Oyó Santa Brígida ¹ a la misma gloriosa Virgen María Madre de Dios que le decía: “Yo soy madre de Dios, y madre de todos los que están en el purgatorio; porque todas las penas que se han de dar a los que allí se purgan por los pecados, por mi intercesión se mitigan en alguna manera cada hora. Soy madre de todos los justos, y de los pecadores que se quieren enmendar y corregir, y no ceso de defenderlos y librarlos de todos los peligros de salvación”.

2.- También los santos ángeles, (como dice Santa Mechtilde) dan lumbre de conocimiento, y ayuda y consuelo a las almas que están detenidas en el purgatorio. Y así, Santa Brígida ² vió bajo la siguiente imagen o figura el alma de un rey, que había vivido mal, empero prevenido de la divina gracia, en el último artículo de su muerte, había pensado entre sí de esta manera: “¡Ay de mí, porque muy atrevidamente ofendí siempre a mi Criador! ¡Oh, si se me concediese una hora siquiera muy pequeña, en que pudiese enteramente convertirme al Señor, y darle gracias por sus beneficios! Más pena me dan los pecados que contra Dios cometí que el dolor que en mi cuerpo siento. Aunque jamás hubiese de alcanzar el cielo, con todo eso querría servir a mi benignísimo Criador y Redentor”. Por lo cual el Juez Jesucristo dijo al demonio y al ángel, que era guarda de aquella alma: “Demonio, tú atormentarás a esta alma, pero tú, ángel mío, la consolarás, hasta que llegue a la caridad de la gloria”. Dijo también a la misma alma: “A ti se te permite que mires a tu santo ángel, y recibas consuelo

¹ Lib. 4. Revel. c. 138

² Lib. 8. Revel. c. 48.

de él, y seas partícipera de mi sangre, y de las oraciones de mi madre, y de las de la Santa Iglesia”. Decíale, pues, el demonio al alma que había de atormentar: “Porque has venido a mis manos gorda y llena de manjares, y de bienes mal ganados, yo te vaciaré en mi prensa”. Y poniendo la cabeza del rey entre sus rodillas, que eran como una entenalla, o prensa, la apretaba fortísimamente, hasta que la médula del cerebro se adelgazaba como una hoja. Dijo luego otra vez al alma: “Porque el lugar que habían de ocupar las virtudes está vacío, yo lo hincharé”. Y así, metiendo en la boca del rey un cañón como de fuelle, sopló fortísimamente, tanto que las venas y nervios del rey miserablemente se rompían llenas de una ponzoña hedionda y abominable. Dijo otra vez el demonio al alma: “Porque tuviste poca misericordia con tus súbditos (a los cuales habías de tratar como a hijos), (y los fatigaste), mis brazos, semejantes a brazos de serpientes, te abrazarán y despedazarán con grandísima crueldad”. Y como el mismo demonio, repitiendo las sobredichas penas, quisiese agravarlas, vió Santa Brígida al ángel que le echaba la mano, y le exhortaba no la atormentase como primeramente. Así mitigaba el ángel las penas todas las veces que el demonio las repetía. Y el alma después de cada tormento sin abrir la boca, ni hablar palabra volvía los ojos al ángel, mas con el semblante daba a entender el consuelo que de él recibía, y que por ventura sería presto libre.

3.- Aparecieron a Santa Gertrudis ciertas almas, que tenían su purgatorio, en figura de unos sapos, que estaban entre sí mismos ardiendo. También le apareció el alma de un soldado, que era muerto catorce años había, en figura de una horrible bestia, que estaba sobre la boca del infierno, asida a un tronco, que era muy cruelmente atormentada, sufriendo penas infernales. Entendió Gertrudis que el tronco en que aquella alma se sustentaba para no caer en el infierno, significaba la buena voluntad que había tenido aquel soldado algunas veces (aunque pocas), viviendo en este mundo.

4.- Como cierto monje, gran siervo de Dios, siedo arrobado en

espíritu, viese los tormentos del Purgatorio, volviendo sobre sí dijo: “No hay lengua humana que declare, ni se puede de ninguna suerte imaginar la diversidad, la multitud y gravedad de los tormentos, en que (viéndolo yo) ponían a los que habían de ser purgados. Dios me es testigo que si a mi y a todos mis amigos nos hubiese injuriado y molestado algún hombre con todas las injurias y molestias que se pueden hacer a uno en esta vida, y aun nos hubiese muerto, y viese que lo entregaban a aquellas penas y tormentos que yo vi, que estaría sin duda dispuesto para padecer mil veces la muerte (siendo posible) por librarlo, antes que permitir que se le diesen; tanto exceden aquellas penas que vi en el purgatorio a cualesquiera dolores, angustias, tormentos y miserias de esta vida. Empero los que son allí atormentados tan cruelmente, van pasando poco a poco a penas más tolerables”. Hasta aquí son palabras de aquel monje.

5.- Vió Santa Gertrudis el alma de otro monje que ella conocía muy bien, que estaba como sentado a una mesa con el semblante mustio y el rostro bajo, porque aun no estaba del todo purgada, ni en aquella pureza que se requería para gozar de la vista y contemplación alegre de Dios. En la cual mesa se presentaban todas las cosas que se hacían por la misma alma en misas en cánticos eclesiásticos, en oraciones y otras obras pías, y se esforzaba con ellas maravillosamente la sobredicha alma. Y el Señor también movido de su propia benignidad, y por las oraciones de los intercesores que se lo rogaban, añadía siempre algunas cosas, por virtud de las cuales esforzaba muy mucho. De la misma suerte se echaba de ver que la gloriosa Virgen María ponía algunas cosas para que recibiese mayor consuelo aquella alma que en esta vida la había servido con particular devoción. También aquellos santos, a quienes viviendo en la tierra, había hecho algún especial servicio, ponían sobre la mesa cada uno algo, conforme a lo que, estando unida con el cuerpo, con más o menos devoción o trabajo lo había merecido. Con todos los cuales socorros se iba la misma alma alegrando más y más de hora en hora, y comenzó también a levantar más y más los ojos a la muy

agradable luz de la divinidad; que haber puesto los ojos de hito en ella, es sin duda haber dejado la triste memoria de todas las pesadumbres, y haber hallado la abundancia de todos los bienes y de todos los gozos.

6.- Apareciendo la gloriosa Virgen María a Santa Brígida, la cual estaba orando por cierto ermitaño de singular virtud y santa vida, cuyo cuerpo muerto estaba en la Iglesia para ser enterrado, le dijo: “Me ha dicho mi hijo que el alma de este ermitaño mi amigo hubiera subido al cielo, si en la muerte tuviera un deseo perfecto de llegar a la presencia y vista de Dios; y porque no lo tuvo, es ahora destinada en el purgatorio del deseo; adonde no hay otra pena sino sólo el deseo de llegar a Dios. Empero ten por cierto que, antes que entierren su cuerpo, será el alma aposentada en la gloria celestial”.¹

7.- Un día de la resurrección del Señor estaba orando Santa Gertrudis por las ánimas del purgatorio, y luego por sus oraciones fueron muchísimas de ellas libres de aquellas penas, y llevadas a unos descansos muy deleitosos; y como viese que no eran llevadas a la cumplida bienaventuranza, hizo otra vez oración por ellas, y al punto fueron recibidas en los gozos eternos.

8.- Apareció a Santa Mechtilde el alma de un conde que había muerto en su juventud; y como la santa le preguntase si acaso sentía alguna pena, respondió que ninguna más que no veía a su amantísimo Dios, cuya vista deseaba con grande e inefable deseo. porque decía que entre tanto que el alma está cargada del peso de esta carne corruptible, es muy impedida con las necesidades corporales que la divierten mucho, ora sea comiendo, ora durmiendo, ora haciendo otra cosa, ora conversando con los hombres; empero el alma que está libre del cuerpo, como ya conoce mejor el sumo bien, que es Dios, se abrasa con un deseo inestimable por gozar de él. También dicen algunos doctores graves que el alma, cuando está libre del cuerpo, le es muy penoso y molesto el dilatársele la vista de Dios; porque como dice la Escritura: “La esperanza que tarda en cumplirse, fatiga y aflige el

¹ Lib. 4. Revel. c. 127.

alma”.¹ También oyó Mechtilde que el alma del sobredicho conde estaba cantando estas palabras: “Conozco, Señor, que me entregaste a la muerte para mi salud, gozo y consuelo”. Dijo la Santa: “¿Quién te enseñó a cantar eso?” Respondió el alma: “Las cosas que tocan a la gloria y alabanza de mi Criador, yo me las sé”.²

9.- La misma virgen Mechtilde fué una vez llevada en espíritu a un muy deleitoso jardín que estaba junto al cielo, adonde había gran multitud de almas, que no tenían otra pena más que el gusano de la conciencia, que de continuo reprendía a cada una de ellas, porque no había sido fiel a su benignísimo y fidelísimo Dios, y por eso no había merecido gozar de él en saliendo del cuerpo sin algún impedimento. El cual gusano jamás deja al alma, hasta que ella entra en el cumplido gozo de su Señor. Orando, pues, la misma Mechtilde, volaron las dichas almas con gran contento a la gloria de la bienaventuranza eterna. y como luego el Señor mostrase a la misma Mechtilde los tormentos del purgatorio, ella oró otra vez, y al momento y con gran gozo fueron muchas almas trasladadas de aquellas penas en el deleitoso jardín.³

10.- Como muriese una religiosa del monasterio de Santa Gertrudis, que había pasado su juventud en las virtudes de la religión, la misma Gertrudis vió que estaba la dicha religiosa delante de Jesucristo en una grande luz hermosamente adornada; mas ella como esposa vergonzosa inclinando el rostro se procuraba apartar, no atreviéndose a levantar los ojos a la gloria de la Majestad Divina. Viendo esto Gertrudis, movida de celo de piedad, dijo al Señor: “Ea, benignísimo, ¿por qué no recibes entre tus suaves abrazos a esta hija tuya, antes como si fuera extraña permites que esté ahí delante en pie?”⁴ A las cuales palabras parecía que el Señor extendía la mano derecha con blandísima

¹ Prov. 13.

² Lib. Spirit. grat. c. 4.

³ Lib. 5. Spirit. grat. c. 9.

⁴ Lib. 5. Insin. c. 8.

serenidad, como para abrazar la sobredicha alma. Empero ella con un respeto delicado se retiraba. Y admirada Gertrudis, dijo: “¿Por qué te retiras de los abrazos de tan amable esposo?” Respondió ella: “Porque no estoy perfectamente purgada, mas todavía hay en mí algunas manchas que me afean algo. Y aunque tuviera del todo libre la entrada del cielo, con todo eso, (dictándomelo la justicia) de mi voluntad me retirara, porque sé que aún no merezco tan glorioso esposo”. “Con todo eso, dijo Gertrudis, me parece que estás ya casi glorificada”. Á lo cual respondió el alma: “Ninguna alma merece recibir aquella bienaventuranza que alcanzan los santos por premio cumplido de sus trabajos, que consiste en la vista y fruición de la divinidad, hasta que, estando perfectamente purgada, entre en el gozo de su Señor”.¹

1.- Habiendo muerto en el monasterio de Santa Gertrudis una hermana de la sobredicha religiosa que tenía por nombre Germana (que también había vivido santa y religiosamente), vió ni más ni menos Gertrudis que su alma, adornada maravillosamente, estaba en muy resplandeciente lugar, y Jesucristo con ella, que con sus cinco llagas le recreaba los sentidos, y con una nueva y dulcísima dulzura la consolaba blandamente. Dijo, pues, Gertrudis al Señor: “¿Cómo tú, Dios de todo consuelo, mostrándole a esta alma una tan amorosa serenidad, ella con el semblante triste da a entender que tiene allá en lo interior alguna pesadumbre?” Respondióle el Señor: “Esta alma no recibe de mi presencia sino deleites de mi humanidad; por tanto, no puede enteramente consolarse; empero yo le daré el consuelo perfecto con la alegre presencia de mi divinidad, cuando estuviere del todo purgada de las negligencias de la vida pasada”. Díjole ella: “Por ventura, Señor mío, ¿no podría ahora tu misericordia librar a esta tu hija (a quien desde su niñez habías dado tu piadoso Corazón y benigna voluntad para con todos los hombres) de cualquiera impedimento de negligencias que tenga?” Respondió el Señor: “Yo le daré abundantísimamente el premio de su piedad de corazón y de buena voluntad; mas importa (ordenándolo así mi justicia) que primero se limpie de

¹ Matth. 25.

todas las manchas”. Y como regalándose con la dicha virgen, teniéndola de la barba, añadió: “De muy buena gana se conforma en esto mi esposa con mi justicia, porque cuando estuviere enteramente purgada, con grande alegría gozará de la gloria de mi divinidad” A lo cual bajó ella amorosamente el rostro, conformándose con lo que el Señor decía. Ofreciendo después Santa Gertrudis la hostia saludable de la misa que se decía por la misma religiosa, cuando el sacerdote la levantaba, dijo el alma: “Ahora experimento de veras cuán cierto es que no hay bien ninguno en el hombre, por pequeño que sea, que carezca de su galardón, como tampoco hay culpa, por pequeña que sea, que no se haya de purgar antes o después de la muerte. Pues ahora recibo notable remedio del Sacramento del altar que por mí se ofrece, porque cuando vivía en la tierra recibía de buena gana la sagrada Comunión. ¹ Y asimismo me ayuda muy presto la oración que por mí se hace, porque tuve para con todos la voluntad tan benigna, fuera de que espero el premio eterno que en el cielo he de recibir”. Y así, ayudada con las oraciones y sufragios de la Iglesia, parecía que era levantada hacia arriba. Empero sabía (cuando llegase a cierto lugar determinado) que el Señor le había de salir al camino con corona de gloria, y la había de aposentar en el gozo eterno. Y aunque cuantos están en el purgatorio se conformen con la justicia y voluntad de Dios, pero no aman las penas que padecen; antes cualquiera de ellos deseara haber vivido de suerte que no hubiera que castigar ni purgar en él. Empero con la certidumbre que tiene de llegar a Dios, quiere más sufrir tormentos en el purgatorio, que estar todavía en esta vida con peligro de ofenderle.

¹ Noten los devotos de las ánimas del Purgatorio lo que dice San Agustín (*De cura pro mortuis gerenda*, cap. I.): “El hombre merece por cuanto bueno hizo ya para sí, ya en favor de las almas, viviendo en este cuerpo mortal, que Dios le ayude y le aplique sufragios, cuando su alma, separada del cuerpo, se halle en el Purgatorio”.

CAPÍTULO XIV

De los gozos que hay en el paraíso celestial

1.- Santa Gertrudis vió el alma de otra religiosa, ya difunta, que se estaba alegrando en la corte celestial, y como oyese de ella muchas cosas muy excelentes, le dijo: “¿Cómo sabes todas estas cosas? Porque cuando tú vivías en el mundo, eras muy corta de inteligencia”. “Lo sé, respondió ella, porque dijo un santo que el que ve a Dios lo sabe todo”. Ni más ni menos en las revelaciones de Santa Brígida dicen muchas veces la Virgen María Madre de Dios, y los otros cortesanos del cielo, que ven y saben en Dios todas las cosas. Por cierto que los santos en el cielo conocen perfectamente la verdad, conocen la naturaleza de todas las cosas; ven y saben todo lo que pertenece al orden y decoro del mundo. Y así dice San Gregorio: “Porque las almas santas en el cielo ven allá dentro la claridad de Dios, de ninguna suerte se ha de creer que fuera hay alguna cosa que no la sepan”.¹ Y el libro 4º de las insinuaciones de la divina piedad, o de las revelaciones de Santa Gertrudis, capítulo 28, está escrito que la misma virgen Gertrudis se vió presentar delante de Dios vestida de una ropa en la cual estaban distintamente notadas todas las obras buenas y malas que en la religión había pensado, dicho y hecho; de manera que ni el más mínimo punto de sus pensamientos, intenciones, palabras y obras buenas y malas se podía encubrir que en la luz de la infalible verdad no la viesen y conociesen perfectísimamente Dios y todos los ciudadanos del cielo. Y así entendió por revelación, que de la misma suerte está manifiesto a Dios y a todos los santos, por todos los siglos, el estado de cualquier hombre. Pues, porque cualquiera espíritu bienaventurado, viendo la divina esencia, ve y conoce todas las cosas que pertenecen a la per-

¹ S. Greg. lib. 4. Diálogo 33. et alibi.

fección de su propia gloria, ve y conoce todo lo que desea ver y saber; empero no ve todas las cosas que hay y que resplandecen en Dios. Que si la criatura conociese todo lo que hay en Dios, comprendería a Dios, lo cual es imposible, porque ella es limitada y finita, y Dios es infinito. Por tanto ni la más bienaventurada criatura de todos, que es el alma de Cristo,¹ comprende la divinidad o la infinita esencia de Dios. Luego sólo Dios no criado se comprende y se conoce a sí mismo perfectamente. Empero cuanto más merecimiento tiene uno en el cielo, y cuanto con más fervor amó a Dios, tanto más claramente lo ve, y tantas más cosas conoce en él. Allí toma cada uno de la gloria de Dios, que es a todos común, conforme a su capacidad, y cada cual está lleno.

2.- Dijo Cristo a Santa Brígida: “Si cuando se te hacen algunas revelaciones vieses la hermosura de las almas santas o de los ángeles, como ella es, con el gran gozo se rompía tu corazón. Y si vieses al demonio como él es, no podrías quedando viva, sufrir tan espantosa vista. Empero ves las cosas espirituales así como si fuesen corporales, y las almas y los ángeles se te muestran en semejanza de hombres, porque no podrías de otra manera verlas, entre tanto que tu espíritu está impedido de la carne. “Cerca de esto dijo el mismo Señor a Santa Catalina: “Bien te acuerdas que estando una vez arrobada en contemplación, te mostré al demonio en su propia figura, en un solo momento y en un cerrar de ojos, y en cobrando los sentidos del cuerpo, escogías antes andar hasta el día del juicio los pies descalzos por un camino de fuego, que verlo otra vez. Y aun con todo eso no sabes ahora realmente cuán espantoso sea aquel que así tan de paso viste. Pero es tanta la hermosura, aun del más ínfimo de los cortesanos del cielo, que toda la hermosura de este mundo visible cifrada, en ninguna manera se puede comparar con él; su claridad y resplandor excede grandísimamente a la claridad y resplandor del sol visible, cuando está en medio del día”.²

3.- En el libro 4º de las revelaciones de Santa Brígida, en el

¹ D. THOMAS 3.º p. q. 10, art. 1.

² Lib. 2. Rev. c. 18.

capítulo 11, dice la gloriosa Virgen María Madre de Dios a la misma Santa Brígida, que es tan grande el número de los ángeles bienaventurados, que, si se contasen todos los hombres desde Adán hasta el último que naciere en el mundo, se podrían contar para cada hombre, por lo menos diez ángeles gloriosos. También escribe el mismo Dionisio Areopagita, que el número de los santos ángeles excede todo el número de las cosas inferiores.¹ Empero los más de los Santos Padres tienen por cierto, que no hay más ángeles en el cielo que serán los hombres bienaventurados, acabado el mundo; de manera que ha de ser igual el número de los hombres en el cielo, como el número de los bienaventurados. ¡Oh, cuán alegre cosa será ver todo aquel ejército celestial, y aquella multitud amable, resplandeciendo con una humildad graciosa, con una caridad suavísima, con una hermosura inefable, y con una gloria perpetua, y conocer perfectísimamente a todos los ciudadanos del cielo, y a cada uno en particular!

4.- Dijo Dios a Santa Catalina: “Acerca de la caridad de los cortesanos del cielo, y de los ángeles santos, he proveído muy ordenadamente lo que ha de ser en la vida eterna. Porque no he querido que ninguno goce a solas del propio bien que de mí recibe; mas tengo ordenado que todos participen del bien que cada uno tiene. Quise que en la muy ordenada y muy perfecta caridad, el mayor guste del bien del menor, y al revés, que el menor guste del bien del mayor. Allí el grande y el chico se gozan perfectamente, y tienen consuelo perfecto; porque todos están llenos de gloria, conforme a la proporción de sus merecimientos y al grado que tiene en el cielo. ¡Oh cuán fraternal caridad es esta, y cuán unida está en mí! Los ángeles con grande alegría comunican con las almas de los bienaventurados, y las almas de los bienaventurados con los ángeles santos. De manera que todos, llenos de un amor suavísimo, se regocijan más de lo que puedes entender, y alegrándose por diferentes vías maravillosas con un contento que no es posible explicar, se gozan en mí. Cualquiera cor-

¹ *Coelectus Hierarchiae*, cap. 14.- Salmo 68.- Job. 25.- Daniel, T.- Apoc., 11 y sig.

tesano del cielo, viéndome a mí, Dios eterno, ve en mis santos y ángeles buenos y en todas las criaturas, y aun también en los demonios, la gloria y alabanza de mi nombre. Conoce claramente la verdad, y tiene todo cuanto puede desear, siempre se harta y nunca padece fastidio. Y aunque vea las ofensas que hacen los malos, con todo eso ni de ahí ni de otra parte, de ninguna suerte puede recibir pena, empero sin ella tiene compasión, amando a los mismos pecadores, y rogando de continuo con grande amor que benignísimamente use de misericordia con el mundo. La voluntad de los bienaventurados está totalmente unida y conforme con la mía. De aquí es que aunque vean los padres a sus hijos condenados en el infierno, no por eso se compadecen de ellos, antes están muy contentos, viendo que son atormentados como enemigos. Desean realmente juntarse a sus cuerpos; pero en ninguna manera les da pena semejante deseo, porque saben certísimamente que algún día se les ha de cumplir. Y no imagines que, después de la resurrección, la gloria del cuerpo ha de añadir algo a la gloria esencial del alma; porque si esto fuese así, las almas que están en el cielo tendrían la bienaventuranza imperfecta hasta que cobrasen sus cuerpos, lo cual no es posible, porque no les falta perfección ninguna. Digo, pues, que el cuerpo no aumentará la bienaventuranza del alma, antes el alma comunicará al cuerpo de la bienaventuranza del alma, antes el alma comunicará al cuerpo de la bienaventuranza que tuviere.¹ No bastan los ojos del entendimiento a ver ni los oídos a oír, ni la lengua a explicar, ni el corazón a comprender, cuánta sea la bienaventuranza de mis escogidos. ¡Oh, cuán grande gozo es verme claramente, abrazarme dulcemente, gozar de mí eternamente, que soy sumo y eterno bien!”²

5.- Cierta religiosa que tenía mucha familiaridad con Dios, por la mayor parte cuando se elevaba a Dios, decía estas solas palabras: “¡Oh Dios mío y todas las cosas!” Porque todas las cosas están en

¹ Tract. 1. c. 41, et. 1 tract. 2, c. 80, 82.

² I. Cor. 2.

Dios y Dios es todas las cosas, ¹ el cual intelectualmente las representa todas. *Ab aeterno* estuvieron todas las cosas en Dios, como en su original; porque en Dios sin mudanza alguna están las ideas o formas inteligibles de todas las cosas, y la misma esencia divina ² es el dechado y original de todas las cosas que fueron y serán criadas. Porque todo lo que Dios cría todo lo que hace y ha de hacer, lo supo realmente en su eternidad, y persevera y está eternamente en su ciencia inmutable, y se ve y resplandece en él. ¡Oh, cuán digno es Dios de ser amado y deseado! Él mismo es luz, hermosura, paz, suavidad, dulzura y bondad del todo inmensa, invariable y eterna. Mucho nos admiramos, y con razón por cierto, del resplandor del sol, de la claridad de la luna y de las estrellas, de la composición de los cielos, del orden de los elementos, de la multitud de los animales, de la variedad de los colores, del regalo de los huertos y jardines, de la lindeza de las flores, de la frescura de las yerbas y hojas, del lustre del oro, de la excelencia de las piedras preciosas y perlas, de la armonía de los cuerpos, de la forma y gracia de los rostros de los hombres; pero si viésemos la hermosura inefable de las criaturas invisibles, conviene a saber, de aquellos espíritus soberanos, y almas bianaventuradas, de sola admiración desfalleceríamos ¿Cuánto, pues, no debemos admirar y amar la incomprensible hermosura de Dios? ³ Porque las hermosuras de las cosas creadas no son realmente otra cosa sino unos muy pequeños arroyuelos que, como de fuente original, proceden de aquella hermosura infinita. También nos admiramos de los cantos de las aves, y de las voces suaves del salterio, lira, cítara y órganos; de la extremada dulzura que puso Dios en la miel, en el vino, en las frutas, en algunas matas, flores, yerbas y especies aromáticas; empero el mismo Dios, de donde mana toda esa dulzura, es sin comparación e infinitamente más suave y agradable. La melodía, el olor, y sabor

¹ Ecod. 33. 19.

² S. THOMAS.- I. p. q. 4, art. I et. 2.

³ La Sagrada Escritura, en el capítulo 13, libro de la "Sabiduría nos aconseja que nos elevemos a contemplar la hermosura de Dios, por medio de la belleza que admiramos en las criaturas.

están en Dios de cierta manera, que no hay quien pueda explicarla, con un ser sobre todo ser, muy verdadero y muy perfecto. Es cosa cierta que todo lo que se halla en las criaturas, repartido y limitado, de dulzura, de excelencia, de amor y perfección; todo se halla junto y recogido en Dios simplísimamente y con un cumplimiento infinito. Esta luz visible, y esta claridad del sol, comparada con la divina luz, es oscuridad y tinieblas. Y así, San Juan, dice, en el Apocalipsis, ¹ que aquella soberana ciudad no tiene necesidad de sol, porque es alumbrada con la muy resplandeciente, muy serena y muy alegre claridad de Dios; y hay allí un solo y perpetuo día, sin que jamás le suceda noche ninguna. Además de esto toda la hermosura criada comparada con la hermosura no creada se puede llamar fealdad. Así también la dulzura y suavidad de las criaturas comparada a la suavidad y dulzura del Criador, es como amargura. De la misma suerte toda la riqueza, nobleza, gloria, majestad, excelencia, dignidad y perfección de este siglo es nada en comparación de la riqueza, nobleza, gloria, majestad, excelencia y perfección de Dios. También todos los goces y deleites que se reciben en este mundo, en comparación de los gozos purísimos y deleites perpetuos que hay en el cielo con la vista de Dios, y con la compañía de los santos, son como una gota muy pequeña de agua comparada con todo el mar Océano. Deseemos, pues, a nuestro Dios, que sólo él nos puede hartar entera y cumplidamente; amemos aquel sumo e inmutable Bien, en quien están todos los bienes; suspiremos por aquella bienaventurada y eterna Vida. Y ¡ay! ¡cuán imperfecta y flojamente, y cuán oscura y distraída el alma, alabamos aquí a Dios! Empero allí será perfecta y eterna la alabanza, adonde es el amor encendido, dulce y estable.

6.-² La dichosísima virgen Gertrudis entendió una vez, en espíritu, que era tan grande y tan incomprensible la luz de la divinidad, que si cualquiera de los santos desde Adán hasta el

¹ Apoc. 21.

² Esta cláusula, omitida por Alfaro en este lugar, la tomamos del "Manual de los humildes" donde se halla con las mismas palabras.

último hombre del mundo recibiese diferente conocimiento tan alto y tan claro, cuan alto y claro lo pudo recibir jamás otro ninguno, y el conocimiento que cada uno tuviese no participase nada del otro, aunque el número de los santos fuese mil veces mayor, con todo eso aún sobrepujaría infinitamente la luz de la divinidad a todo entendimiento. Esto mismo debe pensarse con respecto a la hermosura, dulzura, bondad de Dios y las demás amables perfecciones suyas. por eso y con razón la misma virgen Gertrudis, despues de gustar un poquito en la unión con Dios los deleites de la patria celestial, exclamó diciendo, y dejó escrito lo que sigue: “¡Oh región aquella bienaventurada, y que beatifica con arroyos abundantísimos de bienaventuranzas, campo de deleites, adonde un grano muy menudo puede suficien-tísimamente satisfacer el deseo de todos los escogidos, en dife-rentes cosas que puede imaginar el corazón humano que le serán agradables, amables, deleitables y suaves! ¡Oh eterno y el más grande día, mediodía hermoso, morada segura, lugar que en sí contiene todo lo que deleita, paraíso alegre, que por todas partes lo cercan ríos de inestimables regalos, que convida con la florida belleza de diferentes frescuras, y regala con suavísimas voces, o por mejor decir, suavemente deleita con la melodía de músicos intelectuales, y embriaga con una dulzura mezclada y compuesta de diferentes gustos interiores, que muda con la blandura admirable de secretos abrazos! Empero ¿qué procura decir mi lengua impedida y tartamuda, pues aunque se juntase todo el poder angélico y humano a este propósito, en ninguna manera sería bastante a formar siquiera una palabra que, como es razón tocase o declarase tantico de la alteza de tanta excelencia”?” Esto dice Santa Gertrudis. pregunto yo ahora, si ésta virgen entendió y vió cosas tan inefables, aun estando en la tierra, ¿qué verán los felices ciudadanos del cielo, que ven a Dios no en un espejo, pero cara a cara? (I. Cor. 13). El mismo Hijo de Dios y de la Virgen, Jesucristo, tenga por bien llevarnos a aquella patria celestial, a donde por todos los siglos lo alabemos. Amén.

ADICIÓN

*De las cuatro santas mujeres, tan
mencionadas en el sobredicho
opusculito.*

I

De Santa Brígida

1.- Tuvo Santa Brígida padres nobilísimos, que tenían su origen de la ilustre casa de los reyes de Suecia (que está de la otra parte de la Gocia). Luego desde su niñez comenzó el Señor a visitarla y a regalarla; en siendo de trece años (aunque amaba grandemente la virginidad) por cumplir el mandamiento de sus padres, y también la voluntad de Dios, fué casada con un mancebo nobilísimo, llamado Ulfón, del cual tuvo cuatro hijos, y otras tantas hijas.

2.- En muriéndose el marido, ella escogió, como María Magdalena, la mejor parte, y mandándose el Señor, dejó su tierra y se vino a Roma. Después por orden del mismo Señor, tomó el camino para Jerusalén, y de allí se volvió a Roma.

3.- Después de muerto el marido, dijo Cristo a esta santísima mujer: “Yo soy tu Dios, que quiero hablar contigo. Empero no te hablo por tu ocasión solamente, sino por la salvación de todos los cristianos. Tú serás mi esposa, y yo me aprovecharé de ti como de un canal; porque comunicaré por ti mi gracia a otros, y les haré

bien; verás y oirás secretos espirituales y celestiales, y mi espíritu perseverará en ti hasta la muerte. Tú, por cierto derecho te hiciste mía, cuando en muriendo tu marido, resignaste en mis manos tu voluntad, y estuviste aparejada para dejar por mí todas las cosas. Por tanto te tomo por mi esposa, para tener en ti mi deleite, cual conviene que lo tenga Dios en el alma casta”.

4.- Otra vez dijo el Señor a la misma Santa: “Muchos se espantan de que hablo contigo, antes que con otros que son mejores y más perfectos, y me han servido más tiempo que tú. Empero yo les respondo, que soy como el Padre de familias, que tiene en su casa diferentes vinos, y algunas veces bebe del vino mediano o delgado, dejando el más fuerte; porque entonces le sabe mejor aquél, y no por eso estima en poco los otros vinos mejores, o los derrama, sino que los guarda para aprovecharse, adelante, de ellos. Realmente tengo yo muchos amigos, cuya vida es para mi más dulce que la miel, y más resplandeciente que el sol; pero yo te escogí por mi esposa, para revelarte mis secretos, no porque seas mejor que ellos, ni aun te hayas de comparar con ellos, sino porque yo lo he querido así, que hago de los idiotas sabios, y de los pecadores justos. Haciéndote yo este beneficio y gracia, no los desecho a ellos, sino que usaré de ellos para gloria mía. Así, humíllate siempre”.

5.- Cierta monje de gran santidad, llamado Geriquino, vió una vez a santa Brígida levantada de la tierra en el aire, y que le salía un río de su boca, y oyó una voz que decía estas palabras: “Viniendo esta mujer del cabo del mundo, dará a beber la sabiduría a gentes innumerables. Y esto tendrás por señal; que instruída por Dios te dirá mucho antes el fin de tu vida; por lo cual te alegrarás con sus palabras, y se te cumplan muy presto esas ansias que tienes de ver a Dios.”

6.- Hablando esta viuda querida de Dios, con el Señor, acerca de la gracia que se la había comunicado, dijo: “Señor, cuando a ti te agrada, adormeces mi cuerpo, y por cierto no con sueño corporal, sino con una quietud espiritual; y entonces, como de un sueño despiertas mi alma, para que vea, oiga y sienta espiritualmente”.

Cuando la misma Santa Brígida era arrobada en espíritu, parecía que casi se le acababan todas las fuerzas corporales, empero el corazón se le abrasaba, y se le alegraba con el divino amor. Pasó dichosamente de esta vida a los 70 años de su edad. ¹

II

De Santa Catalina de Sena

1.- La santa virgen de Cristo, Catalina, fué natural de Italia, y nacida en la ciudad de Sena. Desde su niñez amó a Dios con gran fervor, y lo sirvió con gran cuidado. En aprendiendo la oración del Avemaría, aun siendo niña, tuvo por costumbre de saludar a la Madre de Dios, en todos los escalones por donde se subía a la casa de su padre. Fué muy dada a la oración, y muy familiar a Dios.

2.- A esta santa convidó el mismo Señor, y movió interormente a que siguiese una aspereza de vida, sobre todas las fuerzas naturales. Porque ella castigó su cuerpo virginal asperísimamente. Algunas veces perseveró sin comer, desde el día de la ceniza hasta la Ascensión del Señor, contentándose solamente con la sagrada comunión. Muchos años, no tomó más de un poco de zumo de yerbas para el sustento de su cuerpo; porque si le persuadían a que tomase otra cosa, luego caía en una enfermedad gravísima y muy peligrosa. Raras veces dormía más de dos horas, y ésas acostándose en una cama durísima de tablas, que ella había hecho para sí.

3.- Empero el Señor le mostró que la santidad verdadera no consistía en aquellas obras rigurosas de penitencia, ni en aquellos ejercicios corporales, sino en la mortificación de la propia vo-

¹ 1373.

luntad y de los vicios. Y que erraría muy mucho quien quiere medir la perfección de la vida por la grande aspereza, antes que por la verdadera humildad y caridad.

4.- Y aunque su manera de vivir fué singular, no por eso ha de ser reprendida; pues la tomó y tuvo por inspiración, voluntad y farvor especial del Espíritu Santo. Aquí se echa de ver por cuán diferentes caminos van en lo exterior los siervos de Dios. Porque Santa Brígida, discreta y moderadamente daba a su cuerpo la comida, bebida y sueño necesario, como lo pedía la naturaleza, y pensamos que lo hicieron de la misma suerte las santísimas vírgenes Mechtilde y Gertrudis; porque no vemos de ellas que hubiesen tomado alguna aspereza de vida extraordinaria, antes muchas veces por sus enfermedades no podían guardar el rigor de la Regla que profesaban; empero Santa Catalina siguió una abstinencia y rigor de vida jamás oído, y en esta parte más es para que nos admiremos, que no para que ligeramente la imitemos.

5.- Esta sagrada virgen se llegaba siempre a la comunión (que era casi cada día) con sumo contento, como si fuera convidada a unas bodas celestiales. Con el escudo de la paciencia, y con la celada de la fe venció diversas tentaciones de los demonios. Casi siempre padecía dolor de hijada, y de cabeza muchas veces.

6.- Tenía tanta abundancia de gracia, y estaba con tanta firmeza unida a Dios, que parecía que sin cesar estaba su alma ocupada en la divina contemplación. Muchísimas veces se arrobaba por obra de Dios, quedando totalmente sin algún sentido corporal; y entonces todo el cuerpo se elevaba. En este arrobamiento, muchas veces percibía cosas tan altas, que cuando cobraba los sentidos, no era posible hallar palabras convenientes con que explicar lo que había entendido en semejante relevación; y así muchas veces repetía solas estas palabras: "He visto secretos de Dios".

7.- Deseosa de la salvación de las almas, donde quiera que iba ,daba a los hombres consejos saludables,y con la divina gracia hacíamuchos milagros. Finalmente a los treinta y tres años de su edad murió, ¹ y fué recibida en el cielo.

¹ 1380

III

De Santa Mechtilde

1.- La virgen Santa Mechtilde fué hija de un conde, y nacida en Alemania. La cual, siendo de siete años, fué llevada por casualidad por su madre a un monasterio de religiosas de la Orden de San Benito, que estaba cerca de su casa, adonde se quedó, y finalmente profesó religión en él.

2.- Y creciendo luego maravillosamente en el divino amor, y en las verdaderas virtudes, se vino a hacer muy familiar con Dios. Porque había del todo renunciado su propia voluntad, y humildemente estimaba a todos los hombres, cualesquiera que fuesen, más que a sí misma, y era muy presta en obedecer; jamás la hallaban mal ociosa, porque siempre, oraba, o meditaba, o leía, o enseñaba, o hacía alguna obra de manos a gloria de Dios.

3.- Muy muchas veces era atormentada de la piedra, y de dolor de cabeza; empero ella, recibiendo de manos del Señor, con alegre corazón todas las molestias que le sucedían, las sufría con grandísima paciencia. Fué muchas veces por muchos días fatigada de tan gran dolor de cabeza, que en ninguna manera podía tomar el sueño, y juntamente no sentía entonces toda la dulzura y consuelo divino que solía. Empero como delante del Señor se quejase con grandes lágrimas, y le pidiese humildemente favor, al fin el piadoso Señor, que está siempre al lado de los atribulados de corazón, la hinchó de tanta abundancia de su gracia, que estuvo por largo tiempo como muerta, cerrados los ojos, gozando de Dios, y percibiendo entre tanto grandes secretos celestiales. Muchas veces venía en semejantes arrobamientos, y era toda arrobada en Dios.

4.- También cuando oía o leía las palabras del Evangelio (porque había aprendido la lengua latina y la entendía) era tanta la suavidad

que recibía, que por la grande abundancia, las más veces quedaba casi sin alma.

5.- Como el miércoles después de Pascua se comenzase este introito, *Venite, benedicti Patris mei*: ¹ (Venid benditos de mi Padre), ella toda llena de una grande y no acostumbrada alegría, dijo al Señor: “¡Oh si fuese yo una de aquellos benditos que han de oír esa tu dulcísima voz!” Respondióle el Señor: “Ten por cierto que serás una de ellos; y para que no dudes de esto, ves ahí, te doy mi Corazón en prendas de amor, y en casa de refugio, para que siempre y principalmente en la hora de la muerte halles en él consuelo, y descanso”. Desde entonces se comenzó a aficionar con notable devoción al Corazón de Cristo, y así decía muchas veces en su simplicidad: “Si todos los beneficios que he recibido del corazón de mi Señor se hubiesen de escribir, no sería posible que cupiesen en libro ninguno por grande que fuese”.

6.- Como estuviese para morir, y Santa Gertrudis su compañera preguntase al Señor, qué era lo que entonces obraba en ella, el Señor respondió: “Yo descanso con ella en el tálamo del suave abrazo. Porque aunque sea atormentada con diferentes y continuos dolores, pero fiando de mi piedad, cree que todas esas cosas proceden de mi misericordia para su salud eterna, y así me da siempre las gracias, y confiadamente se resigna en mi paternal providencia”.

7.- Estando ya la misma esposa de Cristo Mechtilde en la misma agonía de la muerte, ninguna otra cosa decía sino estas palabras: “Jesús bueno, Jesús bueno”, las cuales replicaba muchas veces, dando a entender claramente que tenía verdadera e íntimamente impreso en su corazón a Aquel, cuyo nombre tan dulcemente rumiaba y pronunciaba tantas veces, entre los recios dolores de la muerte. Acercándose; pues, la hora en que había de salir de este mundo, Jesucristo, Señor de suma majestad, esclareciéndola toda con la luz de la divinidad, con una voz suave y blanda, la convidó con estas palabras: “Ven, bendita de mi Padre, toma la posesión

¹ Math. 25.

del reino que te está preparado desde el principio del mundo”.¹ Sin duda que entonces le trajo el Señor a la memoria el don excelentísimo que algunos años antes (cuando se cantaban las mismas palabras en la misa) le había concedido, dándole su Corazón enprendas de su amor. De manera que aquella alma bienaventurada fué admitida en el mismo corazón suavísimo de Jesucristo, y venturosamente juntada a los celestiales gozos de la eterna gloria!

IV

De Santa Gertrudis

1.- La Santa virgen Gertrudis (o Trutha) fue muy amable por la grande suavidad de la divina gracia, y resplandeció en todo género de virtudes, siendo a los cinco años de su edad plantada como azucena en el huerto de la sagrada religión. Sirvió al Señor en un mismo monasterio con Santa Mechtilde.

2.- Y como tuviese maravilloso ingenio, en breve tiempo aprovechó mucho en la lengua latina, aunque el principal cuidado que ella tenía era aprovechar en la humildad y pureza de corazón, y juntarse con Dios por encendida caridad.

3.- Ella, con la luz de la verdad, conocía que era indigna de todos los dones de Dios, y juzgaba que solamente era un arcaduz y canal por donde quería Dios que corriesen y se comunicasen sus dones a sus siervos. A cualesquiera hombres que veía, los estimaba más que a sí, y creía que aquellos a quien comunicaba los dones de Dios, merecían más con sólo el pensamiento y su inocencia, o con su vida sin pecados, que podía ella merecer con todos sus ejercicios y trabajos.

¹ Math. 25.

4.- Caminando una vez, por el muy gran desprecio que de sí tenía, dijo al Señor: “¡Ah, Señor mío! Entre los milagros principales que haces, entiendo yo que éste es el más excelente, que permitas que sustente la tierra sobre sí a una pecadora como yo”. A las cuales palabras respondió el Señor benignamente: “Con razón se te da la tierra para que la pises, pues toda la alteza de los cielos con inefable deseo espera aquella hora muy alegre, en la cual te ha de recibir y llevar sobre sí”.

5.- Cuando le ofrecían los hábitos, ú otras cosas, para que escogiese lo que más gusto le daba, no quería escoger; sino que, cerrando los ojos, extendía la mano, y cualquiera cosa que tomaba (aunque fuese vilísima) la recibía con grande agradecimiento, como si el Señor se la hubiese dado de sus propias manos.

6.- Tenía siempre una segura confianza en Dios, y un ánimo alegre y fuerte, y estribaba firmísimamente en su providencia paternal (a la cual atendía en todas las cosas).

7.- El Señor le imprimió en el corazón las excelentísimas señales de sus cinco llagas sensiblemente, y aparejó en ella una morada tan alegre para sí, y unió tanto a ella su Corazón, que si los hombres no conocieran que era infinito el poder y bondad del Señor, apenas pudieran creer que había mostrado en la tierra a su Madre preciosísima tanta familiaridad de amistad, cuanta mostró a esta santa. Y así, el mismo benditísimo Jesús, hablando de ella, aún mientras vivía, a una santa persona, le dijo: “Como nadie viva hoy más cercano ni más unido conmigo por pura intención y buena voluntad, y por verdadera fidelidad que ella, tampoco a ninguna alma que vive en carne me inclino con mayor favor que a la suya, por lo cual en ninguna parte me podrás hallar con más conveniencia, que en el sacramento del altar, y luego en el corazón y alma de esta esposa mía” Asimismo dijo el Señor a otra persona: “Yo soy todo suyo, y la tengo conmigo unida por amor inseparablemente, como la plata y el oro con el fuego se hacen un metal”. Y otra vez dijo: “Ella es a todos los cortesanos del cielo una consonancia dulcísima, la cual hacen todas las adversidades que con tanta paciencia ha sufrido”. También dijo el Señor a Santa

Mechtilde que oraba por ella: “Todos los que oyeren ¹ sus palabras, y humildemente obedecieren sus consejos, no se desviarán del camino de su salvación, mas al fin alcanzarán la vida eterna”. Y a la misma Gertrudis dijo: “Porque yo te escogí misericordiosísimamente para morar alegremente en ti, cualquiera que (teniendo piadosa confianza) se encomendare en tus oraciones, se salvará por mi gracia”. Y otra vez le dijo: “Ninguno de los que con humildad oyen tus palabras, y conforme a ellas ordenan su vida con buena intención podrá jamás condenarse, sino por camino seguro y sin errar llegará a mí”.

9.- Había recibido también entre sus promesas de la divina e infalible verdad, que así como en la muerte de Cristo la virtud nobilísima del amor apartó el alma del mismo Jesucristo de su cuerpo, así en la muerte e esta santa virgen el amor divino había de consumir todas sus fuerzas.

10.- Ni más ni menos estaba muy cierta por una divina promesa, que cualesquiera que antes o después que ella muriese, considerando o advirtiendo cuán benigna y familiarmente se haya Dios allanado con ella, y alabare devota y santamente con caridad al Señor, o le diere gracias por los beneficios que hizo a la misma Gertrudis, no saldría de este mundo sin que primero tuviese Dios en su alma algún deleite de especial familiaridad. Cualquiera, pues, que quisiere puede orar de esta o de otra manera semejante: “Dulcísimo Señor Jesucristo, yo te alabo y doy gracias con la devoción que puedo, por todos los beneficios que hiciste a tu querida esposa la virgen Santa Gertrudis, y te ruego por aquel amor con que *ab aeterno* para especial gracia la escogiste, y en el tiempo que fué tu voluntad suavemente la atrajiste a ti, y familiarmente la juntaste contigo, y alegremente moraste en su alma, y diste venturoso fin a su vida, te ruego y te suplico, que tengas misericordia de mí, y me des gracia para que te sirva, y me lleves a la vida eterna. Amén”. ²

¹ Buen testimonio para aceptar sin miedo las revelaciones de esta santa.

² Nació Santa Gertrudis el 6 de Enero de 1256 y murió en 1303.

V

De la autoridad que tienen las sobredichas revelaciones

1.- Todo el mundo supo las revelaciones que se hicieron a las sobredichas mujeres, y mucho tiempo ha que fueron aprobadas por muchos santos y doctos varones; porque aun los Santos Padres las citan a cada paso en sus libros y escritos. Aun viviendo Santa Brígida, examinaron sus revelaciones insignes obispos y teólogos, y después de su muerte, señaló el Concilio de Basilea algunas personas notables en religión y letras que con gran diligencia las examinasen otra vez; y todos estos afirmaron constantísimamente que semejantes revelaciones fueron de Dios. También las revelaciones de Santa Gertrudis fueron con suma diligencia examinadas antes y después de su muerte por varones santísimos y doctísimos. Uno de los cuales, después de haberlas leído con gran cuidado, escribió su parecer de esta manera: “Yo (dice) en la verdad de la divina luz siento que ninguno que esté alumbrado con espíritu de Dios podrá calumniar ni contradecir las cosas que hay en este libro, porque son católicas y santas”.

2.- De todas estas cosas se echa de ver claramente, cuán lejos están todavía del espíritu de Dios los que desechan las sobredichas revelaciones divinas, y se burlan de ellas como si fuesen sueños de mujercillas. Dios los perdone, y por los merecimientos y oraciones de sus queridas esposas (las cuales él llenó abundantemente de su espíritu, e ilustró excelentísimamente con la lumbre de la verdad) tenga por bien de juntarnos a todos después de esta vida miserable a la bienaventuranza eterna. Amén.

INDICE

Introducción	3
Prólogo	5
Cap. I. Por dónde ha de comenzar el que trate de servir a Dios	7
Cap. II. De algunas virtudes en que se ha de ejercitar el que comienza	16
Cap. III. Cómo se ha de portar con el prójimo el varón espiritual	20
Cap. IV. Del desprecio del mundo y guarda de los sentidos	24
Cap. V. De la discreción en los ejercicios	30
Cap. VI. Cómo se ha de huir de las ocasiones	33
Cap. VII. De la buena voluntad, del rigor de la vida y de las riquezas que tenemos	41
Cap. VIII. De la humildad, del conocimiento de sí mismo y de las tribulaciones	46
Cap. IX. De la perfecta resignación	52
Cap. X. Del recogimiento interior del misterio de la Trinidad	57
Cap. XI. De la mística unión, de las revelaciones	69
Cap. XII. De la Sagrada Eucaristía: de la Santí- sima Virgen y de los Santos	74
Cap. XIII. De las desolaciones y de las consolaciones	78
Cap. XIV. Sobre los Novísimos	80
Directorio Espiritual	85
Introducción	87
Cap. I. Que todo hombre con mucha razón ha de procurar la perfección y la divina unión, y cómo se ha de alcanzar	90

Cap. II. De la entera negación y mortificación de sí mismo, y de la verdadera reformation de costumbres	93
Cap. III. Del recogimiento interior, y cómo se ha de levantar el espíritu de Dios	104
Cap. IV. De algunas aspiraciones que siempre y en dondequiera se deben traer a la mano	109
Cap. V. Que con las aspiraciones fervorosas a Dios puede uno llegar muy presto a la per- fección, a la sabiduría de la teología mística y a la divina unión, y que merecen ser llora- dos los que no hacen caso de esta unión	111
Cap. VI. De la memoria y meditación de la vida, pasión y llagas de Jesucristo nuestro Señor	115
Cap. VII. Del desamparo y calamidad interior, y que la verdadera perfección no consiste en la mucha abundancia de consuelos	119
Cap. VIII. Sumario de algunos preceptos que es razón que sepa el varón espiritual	121
Cap. IX. De la intención que el varón espiritual ha de tener en sus obras, y cómo las ha de encomendar al Señor y unir las a las obras de Cristo; y cómo ha de suplir sus imperfeccio- nes con los merecimientos del mismo Jesucristo.....	138
Cap. X. Declaración de un muy devoto ejercicio para cada día.	142
Cap. XI. De este mismo ejercicio cotidiano en forma de oración, con que el varón espiritual podrá aprovechar mucho en la divina unión.	145
Cap. XII. Qué es lo que ha de esperar el varón contemplativo que persevera en las cosas so- bredichas, y cómo se hace la unión mística; y de algunos consejos a este propósito y del centro íntimo del alma o cumbre del espíritu	149

GUIA DEL ALMA ESPIRITUAL.....	165
Advertencia acerca de esta edición	166
Prefacioncillo	170
Cap. I. El religioso debe pensar con diligencia en el fin que se propuso al abrazar una vida más austera	171
Cap. II. Qué debe hacerse cada día.	175
Cap. III. Ocupaciones espirituales fuera del coro	183
Cap. IV. La principal materia de la oración mental debe ser la vida y pasión de Cristo	187
Cap. V. Doctrina acerca del examen y expia- ción de los pecados.	197
Cap. VI. Lucha contra las tentaciones y deso- laciones	205
Cap. VII. Conducta por lo que se refiere a la comida, vestido y conversación	211
Cap. VIII. La mortificación es el compendio de la perfección	221
JOYEL ESPIRITUAL	231
Advertencia	231
Prefacio	232
Cap. I. De la inmensa clemencia de Dios, y de la benignidad de la Madre de Dios para con los pecadores, manifestada con varias reve- laciones	233
Cap. II. De la discreción y recta intención que debe el varón espiritual seguir en todas las acciones	243
Cap. III. Documentos sobre la oración y el oficio divino	247

Cap. IV. De la corrección de los defectos cotidianos, sus remedios, y del auxilio de las tentaciones	254
Cap. V. De la confesión frecuente, y del deseo de confesarse	261
Cap. VI. De la frecuente comunión, y de la Sagrada Eucaristía.	263
Cap. VII. De cómo podemos participar de los méritos de Cristo y del mérito de la obediencia	268
Cap. VIII. De la refección corporal	273
Cap. IX. Del orden que se ha de tener en dormir, y de una preparación antes de tomar el sueño	275
Cap. X. Del provecho de las tribulaciones	277
Cap. XI. De la confianza en la divina Providencia, y de la perfecta resignación	283
Cap. XII. De la muerte feliz	286
Cap. XIII. de las penas del Purgatorio	292
Cap. XIV. De los gozos que hay en el paraíso celestial	299

APENDICE

De las cuatro santas mujeres tan mencionadas en el sobredicho opusculito

I. De Santa Brígida	306
II. De Santa Catalina de Sena	308
III. De Santa Mechtilde	310
IV. De Santa Gertrudis	312
V. De la autoridad que tienen las sobredichas revelaciones	315